El doctor lo rompió al fin, diciendo:

—Habéis hecho mal en permitir esta entrevista.

—¿Por qué?

—Bernardo parece muy encolerizado, y era necesario que se hubiese calmado antes de verla... la menor emoción puede ser funesta a vuestra hija, en el estado en que se encuentra.

—¿Qué estado?—dije vivamente.

Burel se mordió los labios.

El silencio se estableció de nuevo entre nosotros y duró algunos minutos.

Pero de repente, el doctor y yo nos pusimos a un mismo tiempo de pie.

Un grito desgarrador resonó en todos los ámbitos del castillo, y penetró como un puñal en mi corazón.

XII

Atravesé el corredor y corrí al salón.

El espectáculo que se presentó ante mis ojos me indignó. Bernardo tenía cogidas con una de sus manos las muñecas de mi hija, que estaba de rodillas a sus pies como implorando perdón.

Me precipité entre ellos, y arrancando a María de las manos de aquel hombre, le grité:

—¡Desgraciado!... ¡Habéis venido aquí para torturarla!

El se cruzó de brazos, y mirándome con ojos en que brillaba el odio, replicó:

—Hay casos en los cuales está permitida la cólera.

—¡Miserable!

—No es en mi familia en la que hay miserables, sino en la vuestra—contestó señalando a María.

Mi hija extendió hacia él sus manos suplicantes.

Bernardo respondió a aquel movimiento con un ademán amenazador.

La pobre niña se desplomó entonces como masa inerte, abatida por tantas emociones; y al caer, su cabeza fué a dar en el ángulo cortante de la chimenea.

Una línea sangrienta cruzó su frente, quedando allí tendida con los brazos puestos en cruz.

Estaba desmayada.

El doctor Burel se arrodilló a su lado.

En cuanto a mí, arrebatado por la cólera, había cogido de un brazo a Bernardo, y le dije, sacudiéndole con violencia:

—Ahora mismo vais a darme cuenta de la injuria que nos acabáis de hacer.

—¿Qué queréis de mí?—contestó con extravío.

—Quiero mataros, y aún me queda calma para esperar que sea en desafío.

—¡Batirme con vos!... ¡con vos!... Imposible.

Su furor le había abandonado de repente. Dió un paso hacia María, a quien el doctor trataba de volver a la vida, y las lágrimas inundaron sus ojos.

Se llevó las dos manos a la cabeza en un movimiento de desesperación, y exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué es lo que acabo de hacer?... ¡Estoy loco!... Pero vos no veis nada, ¿no comprendéis que nuestra dicha está perdida, nuestro porvenir destruído y todas las soñadas alegrías desvanecidas para siempre?... ¿No

adivináis que sólo la desesperación ha podido impulsarme a cometer la villanía de insultar a todo lo que adoro al ver que lo he perdido?... Para que yo maltrate a María es necesario que haya perdido la razón en un segundo; preciso es que haya visto al mundo entero derrumbarse sobre...

—¡Explícate claro!—le dije brutalmente.

Bernardo fijó en mí sus asombrados ojos, y al comprender que yo ignoraba todo lo que él sabía, se pintó en su rostro una profunda compasión y me respondió con dulzura:

—¡No tengo valor!... Os quiero demasiado para causaros tan inmenso pesar... Sabed únicamente que nuestros proyectos no pueden realizarse... Mi mayor orgullo hubiera sido llegar a ser vuestro hijo... Pero es imposible. Venía a decíroslo de parte de mi padre, y no he podido resistir al deseo de ver por última vez a María... Os juro, por mi honor, que quería permanecer tranquilo y hablarla con dulzura, para decirla únicamente cuanto sufro... Después me he dejado arrebatar por la cólera... ¡Será un dolor más para mí!... ¡Adiós!

Un sollozo le cortó la palabra.

Las lágrimas inundaron de nuevo su rostro...

No tuve valor para responderle ni fuerza para retenerle a mi lado.

Le ví salir precipitadamente, y oí a poco el ruido de un galope furioso.

Estaba aterrado.

Bernardo era casi mi hijo, y yo le había amado siempre como a tal.

Su principal defecto era la intemperancia de la juventud y de su sangre ardiente, lo cual, si bien se mira, no es más que una exageración natural en ciertas edades. Fuera de esto, poseía todas las virtudes de un caballero.

El ver que la cólera, la violencia y el pesar eran tan poderosos para arrancar lágrimas a un hombre como él, en toda la fuerza de la edad, me turbaba hasta el fondo del alma.

Me volví hacia mi hija.

El doctor Burel la había levantado, colocándola en un canapé.

Su rubia cabeza descansaba en uno de los almohadones, y tenía la lividez de la muerte.

Tendida en aquella posición, el peinador se ajustaba a sus caderas y a su talle, sin disimular en nada las formas.

Al verla, la claridad de un relámpago hirió mi cerebro.

Y, sin embargo, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

Me aproximé a mi amigo Burel, y murmuré a su oído una pregunta apenas inteligible.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El la comprendió con la mayor claridad.

Levantó los ojos al cielo, haciendo un gesto de incertidumbre, y no me respondió.

Después me dijo vivamente:

—Silencio, que vuelve en sí. Ni una palabra más, si no queréis matarla.

¡Matarla!

¡No, yo no quería! Y eso que por primera vez una violenta inquietud se mezclaba en mi espíritu a la inmensa compasión que me inspiraba María.

Yo estaba aniquilado e incapaz de reflexionar ni de tomar una determinación.

Parecía el capitán de un buque que está viendo sumergirse su barco en medio del mar y no puede hacer nada para evitarlo.

—Es necesario llevarla a su alcoba—ordenó el doctor

Algunos instantes antes la hubiera yo tomado en mis brazos como a un niño para trasportarla a su lecho.

Pero entonces respondí:

—Me voy, y ya os enviaré gente para que os ayude... Disponedlo vos todo como mejor os plazca.

Y salí precipitadamente del salón.

Lo confieso con vergüenza: en el exceso de mi

dolor llegué a dudar de mi hija, de la virtud misma, de la más inocente de las criaturas.

Este será mi eterno remordimiento.

Durante tres días estuve vagando como un loco por los bosques, sin decidirme a subir a verla.

Si Bernardo de Montjeu había perdido la cabeza, yo sentía que la mía iba a estallar.

No podía ver ni hablar a nadie, no comía, y sólo bebía en los arroyos.

Por las noches subía a mi cuarto con paso cauteloso, como un malhechor, y me echaba en mi lecho sin desnudarme y sin informarme siquiera del estado de María.

En cuanto despuntaba el alba salía de casa, y para aparentar tranquilidad visitaba mis cuadras y establos, y en seguida emprendía mi carrera a caballo hacia los sitios más solitarios del bosque, creyendo así huír de las miradas de los hombres y evitar las preguntas que hubieran podido dirigirme.

Allí he pasado las horas más dolorosas de mi vida.

En la noche del tercer día, y en el momento en que yo entraba furtivamente en mi habitación, me encontré al doctor Burel, que se había instalado en ella antes de llegar yo.

—Os estoy esperando—me dijo—para deciros que lo que hacéis es indigno de vos... Es indudable que os ha ocurrido una gran desgracia, pero el deber de todo un hombre es mirar su situación frente a frente, cualquiera que ésta sea, y procurar remediarla del mejor modo posible.

Yo le escuchaba silencioso y huraño.

Entonces él me contó la escena que había pasado entre Bernardo y mi hija.

Bernardo se presentó a ella con el pretexto de que no podía esperar más tiempo así, y que reclamaba de María la respuesta prometida.

La pobre niña le respondió que estaba resuelta a dejar el mundo y a retirarse a un convento; pues aun cuando esta determinación la era muy dolorosa, nada en la tierra podía revocarla.

Al oírla el joven perdió la calma, y exclamó fuera de sí.

—¡Mientes, infame!... Lo sé todo.

La víspera había oído Bernardo la conversación de dos criados suyos, a quienes estuvo escuchando en las caballerizas de Montjeu.

Unos leñadores que volvían a sus casas después de haber acabado sus trabajos en los bosques de Brault, se habían encontrado con dichos criados en una taberna.

El castillo de Montjeu está situado junto a la iglesia, y su verja da a la única plaza de la aldea.

Los leñadores decían, con una insolencia y ma-

licia ostensibles, que no tardarían en verse cosas graciosas en el castillo del marqués de Brault.

Y añadían, mirando despreciativamente a los criados de Montjeu, inmundos dicharachos que ellos no se atrevían a repetir más que en voz baja y hablando al oído.

Bernardo salió de allí horrorizado.

Sorprendido como estaba del cambio de María, y después de haber oído aquella conversación, la duda no pudo menos de hacerse lugar en su espíritu.

Toda aquella noche la pasó forjándose quimeras, en medio de las cuales el nombre de Durand de Milly acudía sin cesar a sus labios; y cuando llegó a Brault, toda la decepción y la rabia acumuladas en veinticuatro horas de espera, desde aquel fatal descubrimiento, se desbordó en un torrente de injurias, bajo el cual María había bajado la cabeza, sin responder ni una sola palabra.

Por fin, loco de furor, y embriagado con sus propias palabras, Bernardo cogió a la pobre niña y la hizo hincarse de rodillas a sus pies.

Entonces fué cuando la infeliz había lanzado el grito que nos hizo acudir a su lado.

María quiere veros—concluyó el doctor—, y he venido a buscaros para llevaros junto a ella.

Le miré fijamente, y le pregunté a mi vez.

—¿Sois mi amigo, Burel?

—Siempre...

—Gracias...

Y añadí con voz temblorosa:

—María ha debido haceros alguna confidencia.

—No.

—¿Os negáis a responderme?...

—Os juro...

—Si, lo que me parece imposible, a pesar de todo, mi hija hubiera cometido una falta, temeríais, sin duda, que provocase al autor de tantas vergüenzas y miserias, y, sin duda, por eso no queréis decir nada.

Burel me cogió una mano y la estrechó entre las suyas.

—Os estimo tanto, que no tendría inconveniente en confiároslo todo; pero os doy mi palabra de que nada sé... De lo contrario, no os lo ocultaría, exigiendo de vos únicamente la promesa de ser indulgente y perdonar... pero, os lo repito, no sé nada.

—¿Es posible?

—Es la pura verdad.

—¿Pero la habéis interrogado?

—Sí.

—Y a vos, a quien tanto ama, y cuyo exagera-

do cariño por ella le es tan conocido, ¿no os ha dicho nada?

—Nada... Hay en todo un misterio que me confunde. Siempre que he tratado de abordar este asunto, con todas las precauciones que me sugería mi amistad hacia vos y mi ternura y compasión hacia ella, he tenido que detenerme para evitar los horribles ataques nerviosos que venía padeciendo estos últimos meses. Al oírme, sus facciones expresaban un verdadero espanto; un horror cuya causa no puedo adivinar... Muchas veces ha caído a mis pies, esclamando: "Os lo suplico, no me preguntéis eso, por piedad." Su acento era desgarrador, y no podéis figuraros el trabajo que me costaba calmarla... No sé qué dolorosos recuerdos hieren su imaginación, porque todas las noches se despierta en medio de horribles pesadillas, y si como yo hubieseis estado a su lado, hubierais presenciado escenas tristísimas...

—¿Cómo está hoy?—pregunté.

El doctor movió la cabeza.

—Mal—dijo—siento decíroslo.

—¿Os inquieta su estado?

—Confieso que sí... Está atacada de un mal desconocido... de una fiebre que no se parece a las demás... Si dentro de unos días no consigo obtener una sensible mejoría, creo que será necesario recurrir a otro médico... ¡Quizá sea más afortunado que yo!

Fijé en Burel mis ojos, secos, que debían tener una expresión de inflexible dureza, y no respondí.

—¡Desgraciado!—me dijo entonces el doctor. ¿Seríais capaz de no amar ya a ese ángel que se llama María, por una falta que en ella es increíble, y osarías cerrarle para siempre ese corazón que antes era todo suyo?

El doctor había puesto el dedo en la llaga.

Sí, lo confieso, en aquel momento tenía la idea feroz, impía, de que una vez deshonrada mi hija debía morir, pues ésta era la única solución que podía salvar lo que nos quedaba de honra.

El doctor me había comprendido.

Me miró severamente, y me dijo:

—Quizás no esté muy lejano el día en que hayáis de expiar severamente ese movimiento de orgullo, que habéis de llorar con lágrimas de sangre. Sois padre, y el mundo entero debe desaparecer ante vuestro amor por una hija, que, aun suponiendo que hubiese tenido un momento de debilidad, no por eso merece menos ser adorada... No es a ella a quien debéis odiar, sino al miserable que la ha perdido... Si pensáis de otro modo, dejaré de ser vuestro amigo, y no volveré a veros en la vida.

Me levanté vivamente, y le dije con impetuosidad:

—Tenéis razón; pero para odiarle es preciso conocerle, y eso es lo que yo quiero... Venid...

Y me lancé por las escaleras, para subir a las habitaciones de mi hija.

El fondo de odio que se había acumulado en mi corazón pareció tener un objetivo desde entonces. Si en aquel momento me hubieran señalado un culpable, creo que habría tenido un consuelo.

XIII

En el instante en que ponía la mano en el picaporte para abrir la puerta, se me reunió el doctor, y me dijo:

—Estáis muy alterado, y no me parece que en esta ocasión debíais ver a María... Os dejo; pero pensad que una palabra vuestra puede hacer que su mal no tenga remedio... Hubiera deseado ocultároslo... Tengo miedo... Volvió a bajar por donde había venido, y yo entré solo.

Era ya muy tarde.

En el reloj que había sobre la chimenea daban las doce.

Yo había estado toda la noche errando por el bosque.

Marcela era la única que velaba al lado de mi hija, que parecía aletargada.

Una sola bujía iluminaba aquella vasta habitación con su luz amarillenta, formando triste contraste con los blancos rayos de la luna, que pene-